

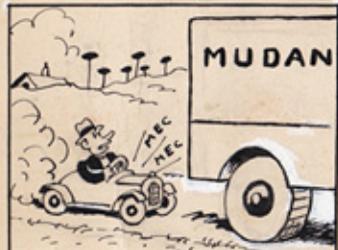
Frasquito se quedó un día extasiado en la contemplación de un nuevo modelo de autos minúsculos, llamado «Tom-Pulga» que le pareció tan delicioso como de fácil adquisición y sin dudar ni un mo-



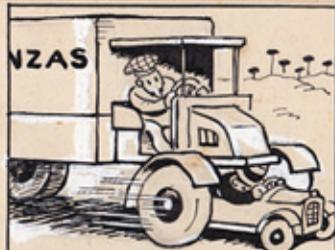
mento lo compró lleno de optimismo. No podía negarse; el coche resultaba tan práctico como verdaderamente no se hubiese podido soñar. Podía tenerlo en su misma casa, sin necesidad



de garaje, lo que además de una gran comodidad era para envanecerse con la admiración que causaba a los vecinos; podía pasear por el campo metiéndose por las sendas más estrechas, y,



cuando un gran autobús o un camión le obstaculizaba el paso, Frasquito no había de esperar una anchura del camino para adelantarse, sino que, aprovechando las ventajas que le ofrecía su



«Tom-Pulga», sin más que agachar la cabeza puede pasar por bajo del camión y continuar su camino como si el obstáculo no hubiera existido. Además, en caso de avería, cuando el coche se



empañaba en no querer marchar ni a tiros, Frasquito no había de apurarse mucho; como el auto pesaba un poco más que si fuera de juguete, nuestro hombre podía colocarse bajo el brazo



y llevarlo de esta manera hasta el garaje más próximo para repararlo o hasta su casa si fuera necesario. Verdaderamente nada tan práctico ni tan delicioso como el «Tom-Pulga». Pero un día



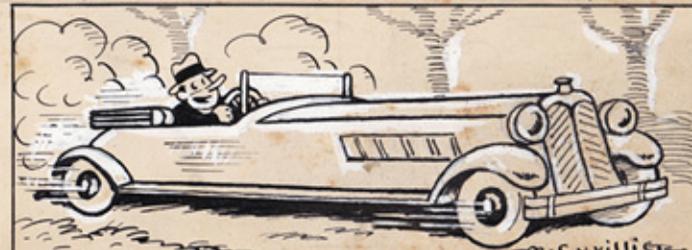
le ocurrió un accidente que dió al traste con toda aquella felicidad. Y fué que dió un involuntario empujón a un guardia y aunque trató de excusarse con finas palabras, considerando el guardia que



la autoridad es sagrada y por nada del mundo ha de dejarse atropellar, propinó al irreverente el más formidable puntapié que se registra en los anales de la historia, enviando por los aires al



auto y automovilista con lo cual Frasquito fué a parar debajo del auto quedando hecho una coxa, dejando al primero inservible y teniendo que ir Frasquito a una farmacia donde gastó quini-

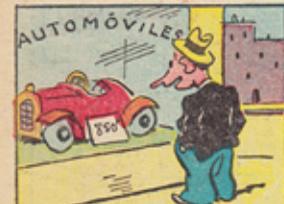


tas pesetas en érnica y de donde salió con la decisión de abandonar para siempre el «Tom-Pulga», y adquirir el coche que tiene hoy; un coche que, por el contrario del anterior, podría llamarse «Tom-Cocodrilo» y con el cual puede darse importancia sin temor a que le aplaste un puntapié de un guardia, ni que se lo trague cualquier ratón desocupado y desaprensivo.

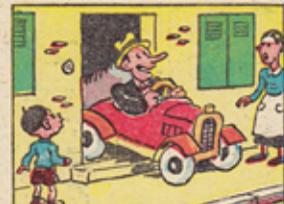
10 ENTIMOS TBO 10 ENTIMOS

AÑO XIX REDACCION Y ADMINISTRACION: PARIS, 201, BIS-BARCELONA NÚM. 960

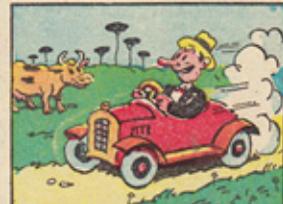
EL AUTO "TOM-PULGA"



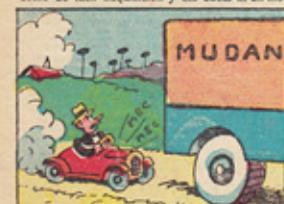
Frasquito se quedó un día extasiado en la contemplación de un nuevo modelo de autos minúsculos, llamado «Tom-Pulga» que le pareció tan delicioso como de fácil adquisición y sin dudar ni un mo-



mento lo compró lleno de optimismo. No podía negarse; el coche resultaba tan práctico como verdaderamente no se hubiese podido soñar. Podía tenerlo en su misma casa, sin necesidad



de garaje, lo que además de una gran comodidad era para envanecerse con la admiración que causaba a los vecinos; podía pasear por el campo metiéndose por las sendas más estrechas, y,



cuando un gran autobús o un camión le obstaculizaba el paso, Frasquito no había de esperar una anchura del camino para adelantarse, sino que, aprovechando las ventajas que le ofrecía su



«Tom-Pulga», sin más que agachar la cabeza puede pasar por bajo del camión y continuar su camino como si el obstáculo no hubiera existido. Además, en caso de avería, cuando el coche se



empañaba en no querer marchar ni a tiros, Frasquito no había de apurarse mucho; como el auto pesaba un poco más que si fuera de juguete, nuestro hombre podía colocarse bajo el brazo



y llevarlo de esta manera hasta el garaje más próximo para repararlo o hasta su casa si fuera necesario. Verdaderamente nada tan práctico ni tan delicioso como el «Tom-Pulga». Pero un día



le ocurrió un accidente que dió al traste con toda aquella felicidad. Y fué que dió un involuntario empujón a un guardia y aunque trató de excusarse con finas palabras, considerando el guardia que



la autoridad es sagrada y por nada del mundo ha de dejarse atropellar, propinó al irreverente el más formidable puntapié que se registra en los anales de la historia, enviando por los aires al



auto y automovilista con lo cual Frasquito fué a parar debajo del auto quedando hecho una coxa, dejando al primero inservible y teniendo que ir Frasquito a una farmacia donde gastó quini-



tas pesetas en érnica y de donde salió con la decisión de abandonar para siempre el «Tom-Pulga», y adquirir el coche que tiene hoy; un coche que, por el contrario del anterior, podría llamarse «Tom-Cocodrilo» y con el cual puede darse importancia sin temor a que le aplaste un puntapié de un guardia, ni que se lo trague cualquier ratón desocupado y desaprensivo.